

Dom

20 Oct

Homilía de XXIX Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?”

Introducción

La Palabra de Dios se centra este domingo en un reclamo por la perseverancia en la oración. La oración es el primer fruto emanado de la fe, pues aceptar la existencia de un Dios que nos ama y nos salva es la fuente de la que bebe toda conversación filial con Dios. Y toda conversación filial busca prolongarse y acrecentarse. A esto llamamos perseverancia en la oración.

Pero este domingo se celebra también el Domingo de la Propagación de la Fe. La celebración del día de la propagación de la fe nos trae a las personas mayores el recuerdo de aquellas huchas para depositar nuestras limosnas y quizá con la figura de un niño de tierras extrañas que solicitaba nuestra limosna a favor de los desposeídos. Pero en realidad era una interpretación defectuosa y confusa de dos preceptos diversos: propagar la fe y solidaridad con los necesitados. Hoy esto segundo lo cumplen muchas beneméritas ONG. Pero hay otras necesidades que no podemos olvidar: remediar las necesidades de quienes no pueden conocer a Dios, de quienes nunca han oído hablar de un Dios que nos salva o no han oído hablar de quien nos ha creado por amor y ha pronunciado sobre toda la humanidad el perdón a todos los arrepentidos.

Ha llovido mucho desde aquellos tiempos de las huchas con cabezas de niños. Pero sigue existiendo y cada vez es más urgente dedicar un día a la Propagación de la Fe. Hoy nosotros somos conscientes de que hay dos miserias que antes no distinguíamos bien: la de quienes ignoran completamente a Dios y la de millones de seres que carecen de lo necesario para la vida. Son dos miserias y no solo una. Y ambas no coinciden en los mismos sitios y personas ni se remedian de igual modo. Y tampoco nos avergoncemos de recordar que ambas tareas necesitan de bienes económicos y del servicio de personas dedicadas a ellas. Sí; hay que pedir prestaciones económicas para ambas tareas y disponibilidad de personas para ambas tareas.

Es posible que a los comentaristas del evangelio de hoy les sea difícil ensamblar el precepto de constancia en la oración y el mandato de anunciar la fe a todos los hombres. Porque es necesario recordar y urgir ambas cosas si queremos transmitir fielmente la Palabra de Dios.



Fr. Antonio Osuna Fernández-Largo O.P.
Convento de San Esteban (Salamanca)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Exodo 17, 8-13

En aquellos días, Amalec vino y atacó a Israel en Refidín. Moisés dijo a Josue: «Escoge unos cuantos hombres, haz una salida y ataca a Amalec. Mañana yo estaré en pie en la cima del monte, con el bastón de Dios en la mano». Hizo Josué lo que le decía Moisés, y atacó a Amalec; entretanto, Moisés, Aarón y Jur subían a la cima del monte. Mientras Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel; mientras las tenía bajadas, vencía Amalec. Y, como le pesaban los brazos, sus compañeros tomaron una piedra y se la pusieron debajo, para que se sentase; mientras, Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. Así resistieron en alto sus brazos hasta la puesta del sol. Josué derrotó a Amalec y a su pueblo, a filo de espada.

Salmo

Salmo 120, 1-2, 3-4, 5-6, 7-8 R/. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. R/. No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme; no duerme ni reposa el guardián de Israel. R/. El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha; de día el sol no te hará daño, ni la luna de noche. R/. El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma; el Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 3, 14 – 4, 2

Querido hermano: Permanece en lo que aprendiste y creíste, consciente de quiénes lo aprendiste, y que desde niño conoces las Sagradas Escrituras: ellas pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena. Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 18, 1-8

En aquel tiempo, Jesús decía a sus discípulos una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer. «Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: “Hazme justicia frente a mi adversario”. Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: “Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme”». Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?».

Pautas para la homilía

Dios no es un juez sobornable como el de la parábola

Hay un tema básico en esta palabra de Dios y la expresa nítidamente el evangelista al comienzo de su relato: tenemos que orar siempre sin desanimarnos y con férrea perseverancia. Lo demás es una parábola para rememorar esta norma. Y la amonestación a la perseverante oración deriva de que la oración es el ejercicio físico para mantener viva la esperanza de nuestra vida. La oración fluye espontáneamente de nuestra fe en un Dios creador y padre nuestro y confiesa espontáneamente nuestra dependencia y sujeción a un Dios que es padre nuestro. Orar es vivir en comunión diaria con quien se lo debemos todo y, al mismo tiempo, confesar nuestra identidad vivida en cada acto de nuestra vida. Es algo así como sentirse en la familia de Dios Trino y dejar que nuestra existencia lo perciba y experimente en cada instante. De ahí que invitar a orar sin cesar es invitar a vivir en comunión. Y perseverar en esa vida sin desanimarse, sin aflojar, sin distraerse, porque hablamos de una vida que solo en Dios tiene razón de ser (“Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá”, Mt 7,7, se nos amonesta en otro lugar). Por ello la fe ora confiadamente y espera también con firmeza. El desanimarse o ceder en la oración es lo mismo que decaer en nuestra fe y desanimarse en la esperanza.

Y sin embargo cabe sucumbir a la tentación de no perseverancia en la oración. Cabe, en efecto, el berrinche del niño en familia que no obtiene las cosas que desea o en el tiempo que él desearía. Y esto sí es posible y de ahí que la oración del cristiano pueda ser tentada de cansancio o dejación porque las cosas que desearía no se le conceden el tiempo y en la forma y medida que a él le gustaría. Pero eso ya es una falta de fe, que confiesa a Dios como creador y Padre Todopoderoso e intenta sustituirlo por sus veleidades, y también de esperanza, que es camino seguro para alcanzar e identificarse con la voluntad de Dios mientras que el orante quisiera que fuera identificación con su persona humana, es decir, no es la esperanza teológica sino esperanza en una criatura humana por alcanzar sus gustos.

Tiene menor importancia la parábola del juez con la que el evangelio ilustra la norma de la perseverancia. Pudiera alguien pensar, por ejemplo, que Dios es un juez perverso como el juez que relata el evangelio y que solo nos atiende para que el orante “deje de importunarnos” o podría alguien imaginarse a un Dios repantingado en el cielo y deseoso de que nadie le moleste intempestivamente con ruegos inoportunos y que concede las cosas solo por liberarse de ese fastidio, como parece ser la conducta del juez de la parábola. Nada de eso. La oración es una charla íntima con un padre que nos habla, nos atiende y comprende nuestras más corrientes necesidades. Dios está esperando nuestra oración como el amante espera la contestación afectiva del amado. Y cuanto más rezamos más inclinamos hacia nosotros el amor y la gracia de quien se ha proclamado padre amantísimo de todo el que reza confiadamente.

Dejar de orar es perder calidad espiritual y arruinar toda esperanza

La plegaria es el alimento de toda fe y echar el ancla de nuestra esperanza vital. Por ello si remite nuestra oración remiten también los grandes ideales de nuestra vida cristiana como son el ideal de evangelizar los pueblos (“proclama la palabra e insiste a tiempo y destiempo”: 2 Tim 3,14-4,2; II lectura de hoy), el secundar la vocación a los estados de vida cristiana, el contribuir a la paz entre los pueblos, el remediar las necesidades físicas de tantos seres humanos.

Escenificación de la permanencia en la oración

Las lecturas de hoy nos proporcionan una imagen significativa de esa perseverancia en la oración. Es la escena que hemos oído en la primera lectura. Moisés ascendió a la suma del monte para orar a Dios por la victoria de los israelitas contra los amalecitas que les impedían el paso a la tierra prometida. Y fue tan perseverante la oración de Moisés con los brazos en alto que se le llegaron a cansar sus brazos y los que estaban con él le pusieron una piedra para que se sentara y le ayudaron a mantener los brazos en alto. Y así permaneció el final de l día en que los israelitas obtuvieron de Dios el triunfo sobre los enemigos. No bajó los brazos de la oración y perseveró largo tiempo en la súplica a Dios. Mantener siempre los brazos alzados en oración hasta quedar exhausto es la mejor escenificación de lo que es perseverancia en nuestra oración.



Fr. Antonio Osuna Fernández-Largo O.P.
Convento de San Esteban (Salamanca)

Evangelio para niños

XXIX Domingo del tiempo ordinario - 20 de octubre de 2019



EL juez inicuo y la viuda

Lucas 18, 1-8

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola: - Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario"; por algún tiempo se negó, pero después se dijo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara". Y el Señor respondió: - Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?, ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?

Explicación

Jesús nos pone un ejemplo para que comprendamos que la oración debe ser insistente, constante, habitual: En un pueblo había un juez injusto. Una mujer viuda iba cada día a decirle: ¡Hazme justicia contra quien me trata mal! Pero el juez no la hacía caso. No obstante, ella insistía y todos los días le pedía justicia. Por fin, el juez, cansado de la mujer, atendió su reclamación. Si habláis a vuestro Padre Dios cada día os hará justicia. No os canséis.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: En aquel tiempo, Jesús, para explicar a sus discípulos cómo había que rezar sin desanimarse, les propuso una parábola.

Discípulo1: Maestro, enséñanos a orar. Nos has dicho muchas veces cómo hay que rezar, pero no da resultado.

Discípulo2: Yo empiezo a desilisionarme, ¿seguro que no te equivocaste al enseñarnos a rezar?

Jesús: Vale, os lo repetiré a ver si ahora queda claro. Para rezar debéis decir «Padre nuestro, que estás en el cielo...»

Discípulo1: ¡Eso, Jesús, ya lo sabemos! Lo hemos rezado así muchas veces.

Discípulo2: Pero Dios no nos escucha.

Jesús: Tenéis que seguir rezando ... ¡sin desanimaros! Sentaos aquí, os voy a contar una parábola: «Había una vez un juez en una ciudad que no tenía respeto a Dios ni a los hombres»

Discípulo1: ¡Menuda pieza, vaya caradura!

Jesús: «En la misma ciudad había una mujer viuda que lloraba ante el juez, diciendo:

Viuda: ¡Por favor, te lo ruego, hazme justicia frente a mi adversario!

Jesús: «Pero el juez se negaba una y otra vez, hasta que un día pensó:

Juez: Aunque no temo a Dios, ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no sea que acabe por pegarme en la cara.

Jesús: «Fijaos en lo que le dice el juez injusto a la viuda»

Juez: Está bien, está bien. Anda, ven conmigo y te haré justicia.

Jesús: ¿Creéis que Dios no os escuchará a vosotros si le gritáis día y noche? ¿Va a daros largas?

Discípulo2: Entonces, ¿hay que insistir más y más, para que Dios Padre nos haga caso?

Discípulo1: ¡Pues ya verá el Padre Dios lo pesado que me pongo! ¿Seguro que nos escuchará?

Jesús: Seguro, y os hará justicia sin tardar.

Discípulo2: Es muy difícil pedir al padre con tanta fe

Discípulo 1: Además, nunca sabemos si él está de acuerdo con lo que le pedimos.

Jesús: Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe tan grande en la tierra?

Narrador: Si somos cristianos, debemos rezar siempre y mucho. Para que cuando veamos de nuevo a Jesús, al fin de los tiempos, podamos acogerlo y reconocerlo. Y él, seguro que se acordará de nosotros.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández